

“EL DESCENSO”, un relato de EGM.

Antes de iniciar el descenso se detuvo unos minutos a contemplar la inmensidad azul que parecía acunada entre los verdes acantilados.

Desde allí arriba su mirada podía recorrer el impresionante paisaje que se extendía ante ella, la naturaleza se exhibía en todo su esplendor, en toda su gama de colores más puros, verdes arboledas e imponentes rocas recorrían el litoral contrastando con el transparente color aguamarina de las serenas aguas.

Cerró un instante los ojos para sentir como el sol acariciaba su rostro, inspiró profundamente y permitió que la salina brisa la inundara.

“Es verdad que parece un paraíso” –se dijo a sí misma, apartando un mechón del oscuro y ondulado cabello que el viento había hecho caer sobre sus profundos ojos de mar.

Lo había pensado mucho antes de que llegara ese momento.

Lo imaginó de mil formas y siempre terminaba convenciéndose de que no tenía ninguna necesidad, eso del nudismo no era para ella.

No se consideraba capaz de mostrarse desnuda delante de sus amigas o amigos, tal vez con alguna de sus hijas o con alguna de sus mejores amigas, pero a ninguna de ellas había logrado convencerlas para que la acompañaran en esa pequeña aventura y al final se decía que era tan solo un capricho, que si no lo había hecho cuando era joven y su cuerpo estaba en pleno esplendor no lo iba a hacer ahora que el tiempo y la maternidad habían dejado en él su huella.

Pero sabía que en el fondo solo eran sus miedos e inseguridades que le impedían disfrutar de la vida en toda su plenitud, en realidad nada tenía que ver tener un cuerpo más o menos bonito, de lo que se trataba era de conseguir relajarse y disfrutar del entorno, fundirse con la naturaleza y el mar, sin ataduras.

Teresa tomó aire hasta llenar sus pulmones e inició el descenso.

Mientras recorría el sendero entre las rocas recordó las palabras de una de sus mejores amigas a la que había tratado de convencer para que la acompañara en esa nueva experiencia, “uf, a mí eso no me gusta, enseñarlo todo...” su amiga Susana, poeta, que enseñaba el alma a cada rato... “pero eso es diferente, no tiene nada que ver” –le decía para que la dejara en paz con eso– .

Susana era una de sus mejores amigas, la conoció en uno de esos recitales de poesía en los que se había iniciado también en un momento de su vida en el que se empezaba a permitir ser ella misma. La escritura había sido su forma de expresarse cuando la vida se le volvía demasiado inhóspita y dolorosa, sin embargo, la había enterrado muy adentro, mientras se dedicaba a las tareas que socialmente se suponía debía cumplir para ser una persona “normal”, cosa que nunca había llevado bien. Después de años cumpliendo su rol de hija, esposa, madre y mujer trabajadora y autosuficiente llegó el divorcio y fue entonces cuando se permitió empezar a ser ella misma. Volvió a escribir y conoció otros mundos, otras historias que le devolvieron la ilusión y también la desilusión. Encontró que no es oro todo lo que reluce y que alrededor de ese otro mundo que ella creía más auténtico ya que se rodeaba de personas que en teoría desnudaban su alma, en el fondo era otra forma de camuflaje, otros actores, en otros escenarios, con los mismos miedos, prejuicios y egos camuflados de sensibilidad.

“No sé qué mosca te ha picado con ir a la playa de Cantarriján a hacer nudismo, con la de playas que hay donde no hay que desnudarse...” –la voz de Susana, volvió a resonar en su mente.

Y la verdad es que no le faltaba razón del todo, a estas alturas de su vida de nuevo volvía la pregunta: por qué se planteaba hacer nudismo y porqué esa playa en concreto.

Lo de la playa estaba claro, Claudia, su compañera de trabajo le había hablado maravillas de ese lugar y por otra parte también le había transmitido la sensación de libertad que le producía estar allí y aquella forma de sentir la vida.

Para ella era mucho más natural estar desnuda que estar vestida.

Claudia era una mujer transparente y llena de una energía vital que admiraba.

A veces cuando hablaba con Claudia, veía en sus ojos que su mundo estaba mucho más allá de lo físico, ella te traspasaba el alma cuando quería y miraba dentro de ti, lo de menos era la ropa. Luego volvían a las cosas cotidianas, al trabajo y demás y todo era tan natural como tenía que ser.

En esos momentos comprendía que el mundo material no estaba reñido con el mundo espiritual.

Tal vez era eso lo que la había impulsado a abrazar aquella forma de vida, no solo se trataba de desnudar su cuerpo y su alma, se trataba de aceptar y amar todo su ser.

De aceptar y amar a todos los seres.

De entregar sus miedos, prejuicios e inseguridades.

De amarse para amar.

De respetarse y respetar.

De repente el paraíso la acogió entre sus brazos de sal.

Se descalzó y caminó hacia la centelleante luz del sol reflejado en el mar. Con la dorada y tibia arena bajo sus pies, ya desnudos, miró a su alrededor (todo el mundo parecía tan ajeno a ella, tan relajado y feliz...), puso el bolso de playa junto a una roca y dejó caer el fino vestido de flores para continuar caminando hacia la orilla.

Se dejó atravesar por la luz solar mientras hundía sus pies en la arena mojada y las suaves olas acariciaban sus tobillos, así permaneció un momento, respirando toda la brisa, toda la luz.

El agua cristalina la invitó a sumergirse, borrando todo rastro de pudor, todo rastro de prejuicios, todo rastro de dolor. Y sintió que regresaba a su origen, que regresaba a su hogar, donde todo era serenidad, donde todo era amor.